

MI DESEO 2026: Empresas a la altura

- En un Chile cansado de discursos y urgido de resultados, el nuevo ciclo político solo podrá sostenerse si el mundo privado lidera con ejemplaridad: integridad real, conducta consistente y confianza construida a largo plazo -

Se acaba el año. Y con él, se cierra una etapa política y comienza otra. El nuevo gobierno de José Antonio Kast —que asume el 11 de marzo de 2026— recibe un país tensionado, cansado y escéptico. Un Chile que ya no compra discursos grandilocuentes: exige hechos.

Ese Chile real —el de hospitales saturados, escuelas vandalizadas, barrios sitiados por el narco, pymes asfixiadas por la burocracia— no espera milagros. Espera liderazgo, coherencia y ejemplos.

Aquí está el desafío del mundo privado.

No con declaraciones bien intencionadas ni con autocelebraciones por aparecer en un ranking. **Simplemente con ejemplaridad.** Hacer lo correcto incluso cuando no hay aplausos.

¿Por qué? Porque en un contexto de emergencia social y económica, cualquier nuevo flanco — corrupción, colusión, fraude, abuso— se convierte en munición. No solo contra la empresa involucrada, sino contra algo mucho más delicado: **la posibilidad de abrir un ciclo de confianza** que no dure cuatro años, sino una década; el tipo de giro que de verdad mejora la vida de un país y se nota en dos generaciones.

Lo que se disputó estos últimos años en Chile fue más que una Constitución. Fue nuestro modelo de sociedad. Y aunque el debate se llenó de consignas, el mensaje que terminó imponiéndose —en plebiscitos y en urnas— fue nítido: la mayoría quiere reconstruir el país, no refundarlo. Quiere que Chile vuelva a funcionar bajo un modelo donde haya seguridad para vivir, invertir y contratar; respeto por reglas claras y parejas; autoridades e instituciones que no abusen del poder. Un país donde valga la pena esforzarse, donde el trabajo formal sea lo natural y emprender no sea un acto heroico. Donde la inversión no sea tratada como pecado original. En buen chileno: un capitalismo con reglas, con cancha pareja y con legitimidad social. Y esa legitimidad no se decreta: se construye.

Ahí está la parte que a veces se omite. Ese modelo necesita empresas que no solo “cumplan”, sino que den el ejemplo. Porque cuando la economía de mercado pierde autoridad moral, el espacio se llena rápido de demagogia, sospecha y revancha oportunista. Y en un Chile que intenta abrir un ciclo largo de confianza, cada conducta empresarial impropia no será un problema aislado: será un golpe al proyecto completo.

Por eso el estándar que viene no es cosmético: es de conducta.

Y para sostener el modelo —y no perder la gran oportunidad de crecimiento que Chile tiene por delante— se necesitan empresarios y líderes con visión de largo plazo, realmente involucrados en la gestión ética e íntegra de sus negocios. Ya no basta con “no meterse en problemas”: hay que volver a construir confianza de manera activa.

En Chile ya vimos cómo se rompe la confianza. Y también vimos lo difícil que es reconstruirla. Por eso, cuando una organización decide tomarse en serio su impacto —no solo económico, sino cultural, ético y reputacional— se transforma en un motor real de estabilidad. Y hoy, más que nunca, Chile necesita esos motores funcionando a plena carga.

Así que mis deseos para el 2026 no son muy sofisticados. No pido unicornios ni reformas mágicas. Solo pido que quienes lideran empresas entiendan que su comportamiento afectará el modelo de país que tendremos. Que cada caso de corrupción empresarial será leído como un fracaso estructural del modelo. Y que cada gesto de ética, coherencia e integridad será una inversión silenciosa en estabilidad y futuro.

Porque el nuevo ciclo que se abre no depende solo del Presidente Kast. Depende de todos los que, con poder real en sus manos, decidan ejercerlo con responsabilidad.